

TURQUÍA

EL IMPERIO.

Turquía es uno de los Estados modernos que surgen tras la primera Gran Guerra. Pero Turquía es también uno de los pueblos imperiales más antiguos de la historia europea y los caminos de los grandes sultanes del siglo XVI se cruzan múltiples veces con los itinerarios político-militares de Carlos V. El cénit del poder de la Casa de España coincide casi exactamente con la gloria expansiva y cultural de Solimán el Magnífico.

El Imperio supuso para Turquía un gran dominio, el esplendor cultural de dos siglos y la gloria de haber acuñado unas formas sociales, políticas y jurídicas que recientemente aún perduraban en casi la mitad de las riberas mediterráneas. Pero el Imperio significó para el pueblo turco una pesada servidumbre bajo cuya presión estuvo muy cerca de perder su propia independencia y su personalidad diferenciada.

A fines del siglo XIX el Imperio otomano es ya una entidad política vacía de contenido que sólo se mantiene por la inercia acumulada a lo largo de cinco siglos de existencia y por las ambiciones contrapuestas de los grandes países europeos que se neutralizan entre sí al no llegar a un acuerdo sobre el reparto de sus restos.

El Imperio, creación de un grupo de brillantes generales y políticos del siglo XVI, se basaba principalmente en una organización administrativa apoyada en la fuerza militar y en la comunidad cultural que suponía una misma religión y una misma escritura. Pero la voluntad expansiva, la tensión espiritual que presupone y el afán colonizador que todo imperio produce, son ajenos al pueblo turco. Turquía puso meramente al servicio del Islam, que había adoptado, su gran talento militar y sus dotes de organizadora. Los turcos vivieron como de espaldas al Imperio, sin mezclarse más que lo imprescindible para dominar en la vida, costumbres y tradiciones de los pueblos sometidos. En cierto modo, el Imperio no fué más que la sistematización

política de la onda expansiva que había alcanzado el mahometismo, y la herencia tardía del poder que Bizancio disfrutó al dividirse el dominio de Roma entre Oriente y Occidente.

El Imperio no estuvo al servicio de los turcos, Constantinopla fué la cabeza de un gran poder, el centro de un inmenso dominio, y una de las grandes ciudades del mundo, pero no fué la capital de Turquía ni el centro espiritual de los turcos tal como lo habían sido Konia y Bursa. Constantinopla fué siempre, y casi lo es hoy aún, una ciudad cosmopolita donde todo el Oriente se encuentra, pero donde los turcos tienen la impresión de continuar siendo ocupantes. Turquía bajo el Imperio fué de modo considerable un pueblo más, tal vez el primero, pero nunca el beneficiario. En Anatolia, uno de los lugares más ricos en ruinas del mundo, se encuentran hoy restos hititas, griegos o romanos, bizantinos, cruzados y selyucidas, pero raramente, lejos de Istantbul, se encuentran ruinas imperiales otomanas, ni siquiera los viejos fuertes coloniales que llenan las que fueron provincias imperiales.

Por ello, tal vez, al debilitarse el sentimiento religioso y descomponerse la administración, debido a intrigas palaciegas, la gran organización imperial se cuarteaba. Al prender en las provincias europeas las teorías de la Revolución Francesa, el Imperio no encuentra fuerzas espirituales que oponer y el ejército, puro conjunto técnico de selección, cuyas fuerzas de choque, los *yenichery*, están constituidos por hijos de familias cristianas pagados en tributo, no sabe mantener una moral combativa.

En 1830 Francia se apodera de Argelia, la Conferencia de Londres de febrero establece el Estado independiente de Grecia y Servia se proclama Principado autónomo. En 1833, Mehmet Alí se subleva en Egipto, conquista Siria y prácticamente se proclama independiente. La guerra de Crimea supone un respiro para el Sultán, pero en 1860, con intervención europea, el Líbano es declarado autónomo. Una nueva guerra con Rusia conduce a los Tratados de San Estéfano y Berlín y a la pérdida de Montenegro, Rumania y Bulgaria. Bosnia y Herzegovina son ocupadas por Austria e Inglaterra se queda con Chipre. En 1881 Francia ocupa Túnez. En 1882 Inglaterra ocupa Egipto, y en 1911 Italia se apodera de Tripolitania.

La Constitución de 1877 no produce las consecuencias esperadas y el Estado imperial se descompone hasta el extremo de que en 1879 el Banco Otomano, el capital inglés, se incauta de los monopolios sobre el tabaco y la sal para reintegrarse sus créditos. Y en 1881 la Sublime Puerta acepta la creación de una Administración de la Deuda Pública y de un Banco Im-

perial, lo que supone el casi absoluto control extranjero de todas las finanzas del Estado.

Cuando en 1913 los nuevos países balcánicos se alían contra el Sultán, el Imperio parece definitivamente perdido. Lo salvan las disputas entre sus enemigos, como hasta entonces lo han salvado los celos de Inglaterra y Francia o los de Austria y Rusia, pero la institución está acabada y cualquier golpe adverso puede significar su total desaparición.

El Imperio, al comienzo de la primera Gran Guerra, es prácticamente un fantasma, es una estructura sin nervio, un cuerpo político sin contenido ni doctrina y una máquina militar que carece de los medios más elementales. La única posibilidad que le restaba era demostrar que aún mantenía viva la fe religiosa del conjunto, que el Sultán, como Califa, encarnaba. Pero al entrar en la guerra junto a Alemania y declarar la Guerra Santa contra los países aliados, se pone en evidencia que se último rehorto también ha dejado de existir. Los árabes, al desobedecer a su jefe religioso y luchar junto a los ingleses, decretan el final de una institución que no responde ya a ningún cometido.

Y, sin embargo, esa guerra cruel en la que el Imperio se hunde. esos años espantosos en los que el Estado casi no existe, son el crisol cruento en el que el pueblo turco funde su moderna personalidad, son los años decisivos en los que el Padre de los Turcos (Ata turk) endurece a su nación y concibe el nuevo Estado. El ejército, que no supo evitar tantas derrotas cuando era imperial, vence ahora, que es nacional, a los ingleses en Gallípoli y durante dos años desgasta y frena a árabes e ingleses en Siria y Palestina para cubrir la frontera sur de Anatolia. La épica de unos soldados hambrientos y mal vestidos defendiendo su suelo frente a uno de los más modernos ejércitos de Europa apoyado por su escuadra, es una página mal conocida de la historia contemporánea en la que el vencedor se llama Mustafá Kemal y el vencido Winston Churchill.

Ahora bien, el valor de unos soldados puede salvar un pedazo de tierra, pero raramente salva a una institución moribunda. El 3 de junio de 1918 fallece el Sultán Mehmed V y le sucede su hermano Vahid-eddin, con el nombre de Mehmed VI. Agotadas las posibilidades de resistencia, aunque sin sufrir una derrota de consideración, Turquía firma el armisticio de Moudros a bordo del acorazado «Superb», el 30 de octubre. En noviembre los aliados ocupan militarmente Constantinopla, los ingleses, además, desembarcan en Sansoum, los franceses se apoderan del Vilayeto (provincia de Adana) y los italianos de Konia y Adalia.

La autoridad del Sultán es ya sólo teórica, el Imperio ha desaparecido y Turquía, como nación, está siendo despedazada en beneficio de las ambiciones europeas. Inglaterra, decidida a dominar todo el Medio Oriente, directa o indirectamente, piensa gobernar las provincias árabes a través de sus amigos los Hachemitas y la propia Anatolia por la interposición de los griegos, sus protegidos desde 1830. El proyecto consiste en crear un gran estado griego del Egeo que ocupará una porción considerable de la Península de Asia Menor. El 15 de mayo de 1919 comienza a ejecutarse el plan y las fuerzas griegas, sin mayor razón aparente, ocupan Esmirna y se extienden generosamente por toda la región, mientras que en la costa norte, en Trezizonda, se produce una gran agitación de la colonia griega, que pide la creación de una República independiente griega del Ponto.

Aquel mismo 15 de mayo, y a petición propia, el general Mustafá Kemal era nombrado Inspector del Ejército del Norte, el 16 salía de Constantinopla, la ciudad ocupada que ya no significaba nada, y el 19 desembarcaba en Sansoum, de donde, alejándose de los ingleses, se traslada a Amasya en el interior. Todo lo tiene previsto y todo le falta, pero el 22 de junio lanza una circular condenando al Gobierno del Sultán y anunciando la reunión de un Congreso Nacional en Sivas, cerca ya del mismo corazón de Anatolia.

LA REVOLUCIÓN.

La revolución ha comenzado, y la nueva Turquía ha nacido. Todo el problema de Ataturk consistirá en rescatar a su pueblo de la larga dominación que supuso el Imperio. Turquía será así el primero de los pueblos coloniales que en nuestro siglo lucha por su independencia y por alcanzar una personalidad internacional bien definida. Turquía es, al terminar esa guerra atroz que destruye a Europa, el hallazgo de un grupo de patriotas que van a enfrentar la idea de nación con el viejo concepto del Imperio.

Es prácticamente imposible, en efecto, tratar de entender la historia reciente del pueblo turco si previamente no se conoce lo que supone para la joven nación la revolución profunda que emprende Ataturk.

A partir del momento en que Ataturk envía su circular, existen dos poderes en Turquía, el legítimo, apoyado en la autoridad del Sultán, y el rebelde, organizado por Kemal, que se apoya en la voluntad popular puesta de manifiesto en los Congresos de Erzerum y Sivas. No obstante, a lo largo

TURQUÍA

de 1919, el rompimiento entre ellos no es definitivo y los patriotas rebeldes guardan un mínimo de respeto a la autoridad del Soberano. Pero el 16 de marzo de 1920 los ingleses, preocupados por el movimiento nacionalista y por su influencia en Constantinopla, imponen por la fuerza un Gobierno y detienen a cuantas personas de significación, incluídos muchos diputados, son sospechosas de mantener opiniones simpatizantes con el movimiento de Anatolia. Kemal aprovecha la ocasión y reúne en Angora (Ankara) una Gran Asamblea Nacional (Buyuk Millet Medjlissi) el 25 de abril de 1920. El 2 de mayo, la Asamblea decide que ella representa a Turquía y que detenta la autoridad suprema del Estado, en tanto que el Sultán siga prisionero. Kemal es elegido Presidente de la Asamblea a la vez que se nombra un Consejo de once miembros que actuará como Gobierno. De hecho y de derecho, ése es el nacimiento de la Turquía actual.

Internacionalmente, un sólo amigo ha tenido hasta entonces el pueblo turco y es precisamente su tradicional peor enemigo: Rusia. Pero las circunstancias han cambiado. También la Rusia de los Zares ha muerto y una revolución trata de hacerse con el poder. Los enemigos de ambas revoluciones son los mismos y la situación de aislamiento en que ambos pueblos se encuentran muy parecida. Las primeras armas, las primeras ayudas materiales y las primeras fronteras estabilizadas son las rusas. El primer embajador permanente en Ankara será Aralov, enviado por Lenin y Tchicherin. Esa cordialidad se mantendrá mientras Rusia tenga la esperanza de atraer la revolución turca al campo comunista y se irá apagando en proporción al distanciamiento de Ataturk de la ideología marxista y al renacer en los bolcheviques las ambiciones zaristas sobre los Estrechos y la frontera oriental. No obstante, la amistad durará toda la vida de Ataturk.

Inglaterra, por supuesto, se mantiene alejada y es hostil a los nacionalista, ya que sus compromisos con árabes y griegos la obligan a enfrentarse con los que el *Times* de Londres calificará de «grupos de bandidos». Para su política es más conveniente el débil poder del Sultán, atemorizado por la pujanza de un grupo revolucionario aún no bien definido. Italia, que ocupa sectores de la costa y varias islas del Egeo es, por ahora, opuesta a la revolución. Alemania y Austria son vencidos como Turquía y poco cuentan en esos primeros años de paz.

Sólo Francia comprende pronto que es preciso entenderse con el nuevo poder y su gesto tendiendo la mano y atrayendo a Kemal hacia Occidente es, tal vez, la razón decisiva que salva a Turquía de caer definitivamente en

la órbita comunista. En los cálculos franceses ejerce una evidente influencia el tratar de evitar que Inglaterra se posesione en solitario de todas las tierras del Medio Oriente. Con todo, Francia no envía su plenipotenciario, señor Franklin-Bouillon, hasta junio de 1921, pero rápidamente se entiende con el Gobierno turco y firma un acuerdo secreto que lleva fecha de 10 de octubre y que sobre significar el primer reconocimiento occidental, proporciona al ejército nacional una ayuda importante al permitirle retirar ochenta mil hombres del frente de Cilicia, hasta entonces atacado por los franceses.

El Gobierno de la Gran Asamblea estaba, pues, en sus comienzos prácticamente solo frente al Sultán y frente a las grandes potencias vencedoras, cuando éstas negocian con Mehmed VI el Tratado de Paz de Sévres, que es firmado el 10 de agosto de 1920, sin tener en cuenta la oposición de Kemal que, en nombre de los acuerdos de la Gran Asamblea de Ankara de abril de ese año, negaba la autoridad del Gobierno Imperial, prisionero de los ingleses en Constantinopla. El Tratado otorgaba a Grecia toda la Tracia hasta el Mar Negro, sólo Constantinopla y sus alrededores quedaban en poder turco. Esmirna y toda su región pasaban de hecho también a manos griegas. Antalia y una zona inmensa que comprendía Konia, Afion Karahisar y Kutaya se convertían en zona de influencia italiana. Adana, Malatia, Sivas y Diarbekir serían zona francesa. Erzurum, Van, Kars y Ardahan formarían la República independiente de Armenia. Un gran sector de la frontera oriental lindando con Persia e Iraq vendría a constituir el territorio autónomo de los kurdos, toda la región de los Estrechos se transformaba en zona internacional desmilitarizada y, por supuesto, todos los territorios árabes pasaban bajo uno u otro concepto a depender de Francia e Inglaterra. Sólo un pequeño territorio árido y desolado rodeando Angora sería en el futuro la Turquía independiente.

Antes mismo de que el Tratado fuese firmado, los griegos, el 22 de junio de 1920, partiendo de sus posiciones en Esmirna atacaron toda la línea obligando a los turcos a retirarse. Empezaba así la guerra turco-griega que se doblaba en guerra de la independencia turca y revolución kemalista. Las operaciones fueron en principio favorables a los atacantes, obligando repetidamente a los nacionalistas turcos a perder terreno. Pero el 15 de marzo de 1921 Kemal firma un tratado de amistad con Rusia y reorganiza sus fuerzas gracias a la ayuda recibida. El 23 de agosto empieza la batalla del río Sakarya, que dura hasta el 13 de septiembre. Kemal triunfa plenamente y recibe de la Gran Asamblea Nacional, que le aclama, los títulos de *Muchir* (Ma-

riscal) y *Ghazi* (El Vencedor), honor éste el más grande que puede otorgarse a un creyente musulmán.

Esa victoria es la que decide a los franceses a enviar un diplomático para negociar con Kemal y poco después a los italianos a firmar un armisticio. Por el mismo tiempo el general nacionalista Kazim Karabekir ha reconquistado los territorios que debían formar la Armenia independiente del Tratado de Sèvres. Todo ello conduce a una serie de negociaciones entre los aliados, el Sultán y Kemal, que no obtienen ningún resultado. La guerra continúa, y la situación de Kemal es grave en ocasiones, teniendo amenazada su propia capital. Por fin, en agosto de 1922, el *Ghazi* decide atacar en masa y en la batalla de Dumlupınar derrota definitivamente al ejército griego, que emprende una retirada calamitosa hasta el mar. El 8 de septiembre Kemal entra en Esmirna y el 18 no queda en Anatolia un soldado griego.

El *Ghazi* se vuelve entonces contra los ingleses y avanza con sus tropas sobre la zona de los Estrechos, ocupada por aquéllos. El conflicto parece difícil de evitar, pero en el último momento una mediación francesa consigue el armisticio de Mudanya de 11 de octubre de 1922, que devuelve en principio Tracia y la zona de los Estrechos a Turquía. Kemal ha ganado ya casi la partida.

Para negociar la paz definitiva y sustituir al fenecido Tratado de Sèvres se va a reunir una conferencia en Lausana. Kemal teme la repetición de Sèvres, donde sus delegados no fueron admitidos y sí los del Sultán. Además, general victorioso frente a los aliados, sigue siendo no obstante un rebelde frente a su Soberano, sabe que éste y su Corte le son hostiles, ha decidido hacer tiempo que la grave responsabilidad del desastre que estuvo a punto de caer sobre su pueblo corresponde exclusivamente a la clase gobernante y a la institución imperial, cree que, si deja pasar la ocasión, en pocos años el atraso, la desidia y los intereses creados de las grandes familias terminarán con el fruto de la revolución, se siente fuerte y respaldado por el pueblo y quiere transformar el país, necesita, pues, actuar ahora.

Son los aliados los que en última instancia le obligan a decidir al cursar invitaciones para la conferencia de Lausana al Gobierno de Constantinopla y al de Angora. ¿Doble delegación? Turquía es una e indivisible. El 30 de octubre Kemal reúne la Gran Asamblea. La sesión es tumultuosa y los delegados se proclaman indignados al conocer la doble invitación aliada. Kemal propone un proyecto de Ley: el Sultanato será separado del Califato, se suprime el Sultanato y se expulsa a Mehmed VI del país. El asombro es tal

que nadie sabe qué hacer o decir; con el fin de ganar tiempo se envía el proyecto a la Comisión de Legislación. Al día siguiente, en la Comisión, el proyecto encuentra resistencia; Kemal se impacienta, amenaza, presiona y consigue su propósito. El mismo día 1.º de noviembre de 1922 la Gran Asamblea declara que «el pueblo turco considera al Gobierno de Istambul, fundado sobre la soberanía de una sola persona, como perteneciente para siempre al terreno de la Historia». El 3, el Gobierno del Sultán se disuelve por voluntad propia, el 5 los nacionalistas se apoderan de la administración de Constantinopla, el 17 Su Majestad Imperial huye del Serrallo y se refugia en un crucero inglés anclado en el Bósforo. La Casa de Osman ha concluído su reinado y la revolución triunfante puede empezar su obra.

La primera victoria pacífica del nuevo régimen será la Conferencia de Lausana. Ismet Pachá, el vencedor en Inonu, dirige la delegación turca, las sesiones duran del 21 de noviembre de 1922 al 24 de julio de 1923. Es una reunión de desgaste, de paciencia, de habilidad negociadora en la que la voluntad nacional de un pueblo victorioso se impone al cansancio y desánimo de unos aliados de ayer. Frente a Sèvres, en Lausana Kemal consigue: El Maritza como frontera de Tracia, las islas de Imbros y Tenedos, la desmilitarización de las islas griegas próximas a la costa turca, el canje de las poblaciones griegas de Turquía y turcas de Grecia, la remilitarización de los Estrechos, que quedan en poder turco, si Turquía participa en una guerra, la supresión de las Capitulaciones, la evacuación de Constantinopla por los aliados, y la supresión de Armenia y el Kurdistán. Turquía obtiene así sus fronteras naturales y su completa y total independencia. Sólo Mosul y Alejandreta están como problemas.

LA I REPÚBLICA.

Seguir paso a paso la posterior evolución de Turquía durante los años creadores del régimen de Kemal es una aventura apasionante que permite vivir la creación de un Estado nuevo partiendo de un viejo pueblo en el lapso increíblemente corto de quince años. Pero no es ése ahora nuestro propósito. El 4 de marzo de 1923 la familia Imperial era expulsada del país y se prohibía su regreso. El 29 de octubre, fiesta nacional turca, se proclamaba la República y se elegía a *el Ghazi* como su primer Presidente. El 3 de marzo de 1924 era abolido el Califato.

Para Kemal dos problemas principales debían ser resueltos antes de iniciar la transformación radical de Turquía. El primero era la supresión del Im-

perio, la liberación del pueblo turco hasta entonces sometido a una clase dirigente extranjerizada que perseguía un objetivo alejado del interés nacional. La República es su solución. El segundo problema residía en la influencia poderosísima que el Islam ejercía sobre los turcos. Kemai considera la religión como una fuerza extraña al alma popular turca, monopolizada por una clase clerical atrasada que impide todo progreso y que al configurar la sociedad con criterios y tradiciones de origen oriental condena a Turquía a una separación permanente de los pueblos occidentales. Su laicismo es por eso mucho más político que teológico, es una reacción natural frente a las antiguas estructuras del Imperio, es el instrumento para romper una determinada cristalización de la sociedad permitiendo una mayor flexibilidad y una nueva orientación. Como todo en Ataturk, el laicismo es radical y a su servicio pone la voluntad del Estado. La enseñanza religiosa es suprimida y las *Medreses* sustituidas por centros civiles de enseñanza. Los Tribunales Coránicos se convierten en otros civiles. Se prohíbe la construcción de mezquitas, se disuelven las Cofradías musulmanas, se cierran los conventos de derviches, se transfiere al *Muchtar* (alcalde) las competencias del *Hocja* (párroco). El calendario gregoriano sucede al coránico, el domingo sustituye al viernes, como día de descanso, el *Muecín* deja de llamar a los fieles desde el minarete, los caracteres europeos de la escritura son empleados en vez de los árabes para dificultar la lectura del Corán. Se prohíbe el velo femenino y el porte del fez es declarado crimen contra el Estado, ya que el fez es la única prenda de cabeza que permite al musulmán besar el suelo durante la oración sin descubrirse. En Istambul, nombre que la revolución defenderá para Constantinopla, la antigua y grandiosa Meezquita que fué templo de Aya Sofía por obra de Justiniano, se convierte en museo, triste fin, si se quiere, para una de las más antiguas, nobles y hermosas iglesias de la Cristiandad, pero símbolo en su transformación de la nueva tendencia anti-islámica que impera ahora en Turquía.

Desarticulada así la tradición, dicta un Código civil copiado del suizo de 1925, aboliendo de paso la poligamia y el derecho a repudiar la mujer en el matrimonio. Un Código de Comercio idéntico al alemán, otro de Procedimiento Civil adoptado del francés, y uno de Procedimiento Penal, siguiendo al italiano. En 1934 Kemal crea un Registro de Estado Civil y obliga a todos los turcos a adoptar un apellido. Ismet Pachá será Ismet Inonu, el nombre de su gran victoria militar; Adnan Bey será Adnan Menderes, del año Menderes que pasa por sus fincas y que los griegos llamaron Meandros, y

Mustafá Kemal, el *Ghazi*, será Ataturk, por decisión unánime de la Gran Asamblea Nacional.

Al mismo tiempo se abren caminos, se construyen puertos y puentes, se montan fábricas, se moderniza la agricultura, se favorece a la universidad, se crean hospitales, centros técnicos de enseñanza y granjas modelo. Para conseguir estos cambios, Ataturk monta y defiende un dirigismo estatal económico que, sin suprimir la propiedad privada, deja no obstante en manos del Estado todos los resortes para influenciar u orientar, en el más amplio sentido, la economía nacional. Inicia una organización del mundo del trabajo y con el fin de afirmar la personalidad internacional del país reconoce los títulos de la antigua Deuda Otomana y compromete al Estado a su gradual reembolso.

El ejército es modernizado, creándose centros de enseñanza similares a los europeos y atrayendo al servicio profesional de las armas a amplios sectores de la población campesina. Igualmente, la Administración del Estado es adaptada a los nuevos tiempos, dotándola de funcionarios más capaces, de medios adecuados y de espléndidos edificios.

Tal vez sea Ankara, la vieja Angora, el mejor compendio de la obra de Ataturk. El traslado de la capital al centro de Anatolia es, no sólo un gran acto de voluntad continuada, sino un gesto político de ruptura con la antigua Bizancio, la Constantinopla de los Califas y Sultanes. Frente al cosmopolitismo, finura y decadencia de una de las más bellas metrópolis del mundo, la revolución crea en la dura estepa, a ochocientos metros del nivel del mar y a quinientos kilómetros de la costa más próxima, una ciudad moderna que discurre a lo largo de los ejes de grandes avenidas, recibe la sombra de millares de árboles, donde no había ninguno, se refresca en parques magníficos con lagos artificiales y vive en torno a solemnes edificios, sede del Estado, una vida austera, dura a veces, marcada por la voluntad creadora de un solo hombre.

Ahora bien, la ciudad nueva no podrá casi rezar, no hay en ella más que una antigua mezquita, pequeña y pobre que servía al lugar que era Angora, y no se construirá otra más que muchos años después de la muerte de Ataturk. Los cristianos no tendrán tampoco más templos que las pequeñas capillas de alguna Embajada extranjera.

Pero como un pueblo necesita tradiciones y el turco revolucionario no puede aprovechar las más próximas, busca las suyas en las tribus nómadas que salieron del Altai o más remotas aún en el viejo reino Hitita, cuya capital, Bogaz-Kai, se encuentra en ruinas ciclópeas a no más de cien kilómetros de

la nueva Ankara. Por eso mismo, el alfabeto se llena de nuevas letras con las que reproducir los sonidos arcaicos del turco secular, se expurgan palabras de origen árabe o persa y se acuñan nuevos vocablos por el propio jefe del Estado para poder designar actitudes, trabajos o instrumentos que el mundo tradicional no conocía.

Una obra de semejante volumen y de raíz tan honda no se realiza sin encontrar resistencia, sin levantar oposiciones y sin crear enemigos. La revolución es prácticamente la obra de un solo hombre. Su lucha por la independencia fué popular, la supresión de los Sultanes, lo fué menos, la liquidación del Califato y el laicismo, casi no lo fueron ya.

Ataturk tiene que enfrentarse ante todo con las minorías raciales que vivían en Anatolia. Los armenios prácticamente los suprime al reprimir una sublevación. Con los kurdos no llega a tanto, pero los debilita en extremo y ocupa militarmente con carácter permanente su territorio. Los griegos de Esmirna son casi aniquilados a raíz de la conquista de esa ciudad, los de otras regiones son canjeados por turcos de Grecia, los de Istanbul, muy disminuídos, son sometidos a todo tipo de presiones fiscales y administrativas para romper su monopolio comercial. Los judíos, finalmente, son tolerados, aunque su condición no llega a ser nunca similar a la de un turco.

La peor de las oposiciones viene del elemento religioso. El Estado ha sacrificado deliberadamente a las clases campesinas en beneficio de las urbanas, la agricultura en favor de la industria, las tradiciones populares en aras de la modernización. Como el sentimiento religioso es más fuerte en el campo que en las ciudades, no resulta difícil al descontento estamento clerical fomentar revueltas y dificultades entre la clase campesina. A su vez, los grandes señores agrarios, los *Agas*, apegados al antiguo régimen y atemorizados por las reformas radicales que pueden un día alcanzarles si la revolución económica se extiende al campo, se apoyan en la resistencia campesina y fomentan más o menos desinteresadamente el nunca extinto sentimiento religioso.

Las tensiones se hacen agudas de vez en cuando, pero el Estado disfruta de todos los instrumentos del poder y la voluntad del jefe no duda en utilizarlos suprimiendo drásticamente a los descontentos de más nota, colgando incluso en la plaza pública a sus más próximos colaboradores cuando éstos se dejan tentar por la debilidad de retroceder en el camino emprendido. Ataturk mira al futuro y cree en la adhesión de la juventud que está formando, confía en la joven oficialidad tanto como desconfía de los viejos

Pachás, incluido Inonu, el más próximo; confía en las clases universitarias, en los técnicos, en los nuevos poderosos funcionarios del Estado, en los cuadros del nuevo partido único Republicano del Pueblo y desconfía, ante todo, de la Religión, del sentimiento religioso campesino, de la milagrería de los derviches, de los grandes propietarios agrícolas y de los restos de la vieja sociedad que rodeó al Imperio.

Ataturk pudo haber sido comunista y de hecho algunos temieron que lo fuera, pero le salvó su gran sentimiento nacional, su admiración por la técnica de Occidente, su desconfianza militar frente a Rusia, su educación militar prusiana y su falta de sentido social. A todo ello ayudó la gran torpeza rusa queriendo agitar el incipiente partido comunista turco cada vez que se acercaba una negociación diplomática o al mostrar, en ocasiones crudamente, la tradicional ambición moscovita por dominar los Estrechos que guardan la salida del Mar Negro al Mediterráneo.

No obstante, y precisada su posición personal anti-marxista, Ataturk fué siempre fiel a la amistad que Rusia le demostró en el origen de su revolución y consideró la política de buen entendimiento con su vecino del norte como la pieza maestra sobre la que descansaba todo su sistema de relaciones internacionales. Claro es que todo parece conducir a ambas revoluciones, la rusa y la turca, hacia un entendimiento. Las dos son coetáneas, luchan contra los mismos enemigos exteriores, se sienten aisladas del resto del mundo y comparten problemas, como el armenio, en cuya solución coinciden. La larga historia de esa amistad se inicia con el Tratado de 1921, que ayuda de modo decisivo a Kemal en plena guerra, y es seguido del Tratado de neutralidad y amistad de 17 de diciembre de 1925, pieza maestra de la política exterior turca por muchos años. En 1927 se firma en Moscú un Tratado comercial y se acuerda la no ingerencia en los asuntos internos de ambos países; Ataturk se ha quejado de la propaganda excesiva entre los campesinos turcos que realizan los agentes comunistas y Moscú, complaciente, la suprime. En 1929 se renueva el Tratado de amistad, acordando, además, consultarse ambos países antes de firmar ningún otro Tratado con cualquier Estado limítrofe, adquiriendo así Turquía la garantía de no ser envuelta y Rusia la certeza de que Occidente no contaría con un aliado en Asia Menor. En 1931 el Tratado es prorrogado por cinco años. En 1932 Moscú otorga un préstamo de materiales pagadero en veinte años. En 1933, para conmemorar los diez primeros años de la República turca, una delegación rusa presidida por Vorochilov, visita los Estrechos y discute una posible cooperación ruso-turca para organizar su defensa en común. En 1935 se renueva el Tratado de

TURQUÍA

amistad por diez años. En 1936 Rusia apoya a Turquía para conseguir la reunión de la Conferencia de Montreux y le sigue ayudando a lo largo de la misma, aunque la resolución adoptada no sea del todo favorable a los intereses rusos.

Pero, en 1938, terminando ya el Gobierno de Ataturk, las circunstancias han cambiado. Turquía se siente inquieta ante las aventuras italianas en el Mediterráneo y se inclina hacia Inglaterra buscando protección. Alemania, recuperada plenamente de la derrota, aparece de nuevo en el horizonte turco, donde siempre gozó de un gran prestigio y de inmensas simpatías y firma un acuerdo comercial con Turquía. Francia, por su parte, preocupada con el rearme alemán, trata de congraciarse con Turquía para alejar un posible enemigo de sus territorios de levante y negocia con Ataturk un posible acuerdo sobre el espinoso pleito de Alejandreta, que cedería en favor de los turcos. Todo ello produce un cierto distanciamiento de Rusia, aunque por el momento sin mayores consecuencias. Ataturk muere ese año de 1938 y la historia podrá afirmar que sus quince años de gobierno, sobre haber sido los más pacíficos de la historia turca, han sido aquellos en los que dos enemigos tradicionales como Rusia y Turquía se han entendido mejor. En 1957 el embajador ruso en Ankara recordaba en público con nostalgia la amistad que prevalecía entre los dos países allá por los años veinte, cuando él ayudaba como ingeniero a montar una de las primeras fábricas textiles del nuevo Estado turco.

El último servicio de Ataturk a su patria fué, tal vez, la revisión conseguida en Montreux para el régimen de los Estrechos. En ella se suprimió la Comisión Internacional que supervisaba la aplicación de los acuerdos de Lausana, terminando así con el último signo de mediatización, se autorizó a Turquía para remilitarizar la zona y se declararon cerrados los Estrechos a todo buque militar en tiempo de guerra, salvo el caso de que la propia Turquía fuese uno de los beligerantes.

El 10 de noviembre de 1938 moría Ataturk en el Palacio de Dolmabaché, de Istanbul, última morada de los Sultanes depuestos. En cierto modo, la muerte en ese lugar podía significar una renuncia de su obra al acudir, sintiéndose enfermo, a la ciudad y lugar que mejor simbolizaban cuanto le había sido opuesto. ¿Hasta dónde pudo el creador de la nueva Turquía haber cambiado la mentalidad de su pueblo? ¿Cuánto caló en la tierra turca la revolución kemalista? Los años posteriores darán en parte la respuesta y la situación actual demostrará que si bien el cambio no fué definitivo, sí fué,

lo suficientemente profundo como para no poder ya volver nunca a la situación de partida.

Ataturk desaparece en vísperas de la crisis que se aproxima en Europa, muere sin haber podido consolidar su sistema, pero deja un aparato de gobierno capaz de heredar su obra. En política internacional, sobre todo, deja a su país una doctrina bien establecida que aceptan todos sus herederos inmediatos. Dicha doctrina es por lo demás bien simple. Turquía, país pobre y atrasado, debía mantenerse alejada de los conflictos exteriores a sus fronteras que no amenazasen su seguridad. Debía mantener buenas relaciones con su vecino del norte y con los árabes del sur, no verse mezclada en las disputas balcánicas, renunciar a toda política de prestigio y de ambiciones territoriales y defender la paz como necesidad absoluta para hacer progresar al país.

Como miembro de la Sociedad de Naciones que es desde junio de 1932, Turquía acepta plenamente las directrices pacifistas de la Organización. En aplicación de los principios internacionales de Ataturk, Turquía firma con los países balcánicos en 9 de febrero de 1934, un pacto garantizándose mutuamente sus fronteras. Su equivalente con los países asiáticos es el Pacto de Saadabad, firmado en julio de 1937 entre Irak, Irán, Afganistán y Turquía.

El resto del dispositivo diplomático turco, prescindiendo del Tratado de no agresión y neutralidad firmado con Italia en 1925 y del Tratado de Ankara con Grecia de 1930, que resuelve todos los problemas pendientes, será negociado por el sucesor de Ataturk, general Inonu. El 23 de junio de 1939 firma un pacto de no agresión con Francia, en el que la intención de ésta es claramente política ya de cara al conflicto que se avecina. Con Inglaterra y como complemento del Acuerdo de 1926 sobre Mosul firma Inonu un pacto de asistencia mutua al que se adhiere Francia el 19 de octubre de 1939 acuerdo que para Turquía supone una garantía frente a los manejos italianos en el Mediterráneo oriental.

Con una cierta seguridad ve, pues, Turquía acercarse el conflicto europeo, al que es ajena y en el que no tiene la menor intención de verse envuelta. No obstante, iniciada la guerra, Turquía deberá defender su neutralidad y su integridad territorial con toda la capacidad y habilidad que puedan reunir el Primer Ministro Inonu y el de Asuntos Exteriores, Saradjoglu. Todos los beligerantes aspiran a tener a Turquía de su lado y todos los enemigos vigilan cuidadosamente cualquier paso de Turquía o cualquier acontecimiento que afecte a los Estrechos. Para Alemania y sus aliados,

TURQUÍA

Anatolia es el paso forzoso que conduce al petróleo aliado y a la retaguardia inglesa en Egipto, además de ser el mejor mercado de cromo. Para Rusia, los Estrechos son una de las principales vías de aprovisionamiento cuando figuran en el campo aliado, como lo eran de ataque cuando figuraron en el campo alemán. Por todos esos mismos motivos, Turquía es esencia para Gran Bretaña y para Francia, siéndolo además especialmente para ésta por su común frontera con Siria. Como siempre en la historia, Anatolia no puede escapar a su geografía.

Inonu, dedicado a mantener su neutralidad y con el fin de restablecer el equilibrio diplomático, firma con Alemania un Tratado de amistad en 24 de marzo de 1941. Son estos años de presiones políticas y económicas, de riesgos físicos evidentes con ejércitos aliados en Siria, Persia y Rusia, al par que alemanes en Grecia y Bulgaria e italianos en numerosas islas próximas. Son años de angustia e incertidumbre en los que un pequeño país no puede evitar transgresiones menores a su neutralidad, en los que la habilidad del hombre de gobierno se pone a prueba. Son años de intrigas y conspiraciones extranjeras en el propio suelo turco y, sobre todo, son los años en que viejas lealtades resucitan y el alma de un pueblo se siente indecisa entre los viejos y leales amigos alemanes y los enemigos aliados, entre el temor al poder ruso y la inquietud por la inestabilidad árabe.

A todas las solicitudes Turquía opone su pobreza, su carencia de armamento, la exposición contraria en que quedaría y el recuerdo de los doce años de guerra que van de 1911 a 1923. Pero en diciembre de 1943 Inonu se ve obligado a ir a El Cairo para entrevistarse con Roosevelt y Churchill, que le piden entre en guerra a su lado. En mayo de 1944 la Gran Asamblea Nacional decide suspender las ventas de cromo a Alemania, el 2 de agosto de 1944 Turquía rompe sus relaciones políticas y comerciales con Alemania, el 3 de enero de 1945 con el Japón, y el 23 de febrero, por fin, Turquía declara la guerra a Alemania y al Japón para poder participar en la Conferencia de San Francisco, que dará nacimiento a la Organización de las Naciones Unidas.

EL RÉGIMEN DEMÓCRATA.

Los años de guerra marcan al pueblo turco. Los antiguos colaboradores de Atatürk, la vieja guardia de la revolución, acostumbrada a la amistad con Rusia y a la admiración por Alemania, hitleriana o no, sufren un fuerte

quebranto al producirse la derrota de ésta y el distanciamiento de Rusia. Las nuevas generaciones, cansadas del poder absoluto de Inonu, a quien no admiran como admiraron a su predecesor, aspiran a ocupar el poder acelerando el curso normal de relevos. Las clases campesinas, el estamento clerical y los restos del antiguo régimen creen ver acercarse el momento de alterar la situación creada por la revolución y acusan al régimen y a sus hombres de gobernar con criterios fascistas y dictatoriales y de haber sido aliados solapados de la Alemania nazi.

Económicamente, sin embargo, los años de guerra han permitido a Turquía realizar ciertas operaciones comerciales beneficiosas para el Estado, que ha conseguido una pequeña reserva oro. Los particulares, a su vez, exportando a precios de excepción, han conseguido formar una pequeña burguesía enriquecida de raza turca. Las mayores facilidades económicas, la propaganda de guerra aliada, insistente en el tema de la democracia, la nueva burguesía y las contenidas ambiciones juveniles, apoyándose en el resentimiento latente contra la revolución y en los manejos religiosos de ciertos señores campesinos, producen un clima de revuelta que las potencias vencedoras de la guerra contribuyen a estimular.

En diciembre de 1945 se funda el Partido de oposición demócrata, siendo sus principales cabezas, y es importante señalarlo, un antiguo ministro de Hacienda y ex primer ministro de Atatürk, de nombre Celal Bayard, y dos jóvenes miembros del Partido Republicano del pueblo, Adnan Menderes, rico propietario agrícola del sur, y Fuat Köprülü, prestigioso profesor de Historia en la Universidad. El Partido Demócrata acepta la inspiración de Atatürk en su conjunto, se dice continuador de su obra, no se opone gravemente en ningún punto de doctrina, pero anuncia una mayor liberalidad económica, una más práctica libertad política y una mejor protección de los intereses agrícolas. En resumen, quiere capitalizar en su favor todos los motivos de oposición al régimen, sin apartarse aún abiertamente del reconocimiento al creador de la República.

Ante las presiones ejercidas, el Gobierno convoca elecciones en 1946 y obtiene un resonante triunfo; no obstante, los demócratas consiguen cuarenta diputados, cifra considerable para un partido recientemente creado que debe luchar contra toda la máquina política del republicano, que se confunde prácticamente con el aparato del Estado.

Mientras, las relaciones con Rusia se han deteriorado. En marzo de 1945 Rusia denuncia el viejo Tratado de amistad de 1925 y en 22 de junio pro-

TURQUÍA

pone un nuevo tratado, a condición de que: a) Turquía devuelva las provincias de Kars y Ardaham, cedidas por Rusia en el Tratado de Brest-Litovsk y confirmadas en su poder con ocasión de la supresión conjunta de la República de Armenia; b) acepte conceder bases militares a Rusia en los Estrechos, y c) pida una revisión del Convenio de Montreux. Turquía acepta el solicitar la revisión de ese último acuerdo, pero rechaza las otras peticiones. En agosto de 1946 Rusia vuelve a insistir y en octubre de ese año amenaza exigiendo la defensa conjunta ruso-turca de los Estrechos. La emoción en Turquía es profunda y el sentimiento de inseguridad extenso. El Gobierno pide ayuda a Inglaterra a la vez que lo hace Grecia, amenazada también y envuelta en una verdadera guerra civil. Inglaterra declara no poder hacer nada y se dirige a Estados Unidos. Por último, el 15 de marzo de 1947, el Presidente Truman, en un discurso que habría de denominarse en el futuro como Doctrina Truman, pide al Congreso una ayuda urgente económica, técnica y financiera para ambos países. La ayuda es otorgada y Turquía recibe cien millones de dólares, pero a partir de ese momento Turquía se encuentra incluida en el campo occidental y enfrentada definitivamente con Rusia. Todo su dispositivo diplomático ha sido alterado y el país vuelve a estar expuesto a una agresión militar. El 2 de mayo de 1947 la flota del Mediterráneo de los Estados Unidos visita Istanbul, en junio una misión militar americana se establece con carácter permanente en Ankara, el mismo mes se firma un contrato para la construcción y modernización de aeropuertos, en octubre el jefe del Estado Mayor turco visita Estados Unidos. En abril de 1948 Turquía recibe pequeñas unidades para su flota, incluidos submarinos, y en mayo un número no precisado de bombarderos. El paso está dado con carácter irreversible. Turquía recibirá también en 1949 la ayuda Marshall y será en agosto admitida en el Consejo de Europa. En mayo de 1950, en tres años, Turquía había recibido setecientos millones de dólares por ayuda militar, otros 764 millones como asistencia económica y 275.000 dólares como ayuda para modernizar su flota civil.

Evidentemente, tanta generosidad no dejaba de entrañar ciertas condiciones no especificadas. El Gobierno Inonu, en 1947, autorizaba la creación de Sindicatos obreros, aunque sin reconocer el derecho a la huelga, y restablecía como obligatoria la enseñanza religiosa en las escuelas primarias. Con la primera medida pretendía complacer a los Estados Unidos, con la segunda congraciarse con el elemento religioso, cada vez más influyente en el país. Las elecciones debían celebrarse en 1950 y el Partido demócrata, que realizaba una intensa campaña, no ocultaba contar, por lo menos, con la

simpatía americana, fuente en esos años de poder y recursos financieros para el Estado.

Aquellas medidas, no obstante, eran insuficientes para contrarrestar la oposición al partido republicano, que se basaba principalmente en la mala situación económica del país, ya que, gastados los ahorros de tiempos de guerra, se había producido un déficit comercial de 220 millones de libras turcas en 1948 y de 118 millones en 1949. También pesaba en su contra el cansancio producido por los largos años de Gobierno republicano. Atatürk fué tolerado y admirado por haber sido el gran héroe de la guerra de la independencia y por justificar su poder personal con la acción revolucionaria que transformaba a Turquía, pero sus sucesores, al seguir empleando métodos de igual dureza sin contrapesarlos con una acción creadora, se habían gastado ante el pueblo, que les censuraba su dictadura sin aparente objeto.

Inonu parecía dispuesto a seguir gobernando durante años sin dejar paso a las nuevas generaciones, por lo que éstas, ambicionando legítimamente el Poder y queriendo sinceramente liberalizar el sistema, se apoyaron en la opinión generalizada en el país que, además, venía a coincidir con las tendencias triunfadoras en la guerra mundial, motivo por el que pronto tuvieron a su favor la gran prensa internacional y no pocos centros capitalistas ilusionados con el futuro de fructíferas inversiones en Turquía.

El gran error de perspectiva de muchos consistió en no comprender que los nuevos demócratas se apoyaban necesariamente en las clases más reaccionarias, las campesinas y religiosas, por lo que en poco tiempo un Gobierno demócrata haría retroceder al país a los tiempos anteriores a la revolución. El espíritu de la modernidad residía en realidad en el campo republicano, la falla estaba en los hombres que tras el esfuerzo de imaginación de los años anteriores, estaban gastados y carecían de una cabeza capaz para continuar la labor emprendida por Atatürk.

Las elecciones del 14 de mayo de 1950, de excepcional pureza democrática y en las que participó un 89 por 100 del censo de votantes, dieron un resonante triunfo a los demócratas, que obtuvieron 387 puestos de un total de 487, correspondiendo a los republicanos 63 y 37 a otras agrupaciones políticas menores. Mayar fué elegido Presidente de la República, Menderes jefe del Gobierno y Koprulu ministro de Asuntos Exteriores.

Turquía parecía entrar en una nueva era, como parecía asegurado el difícil

tránsito de una larga dictadura al poder civil democrático. Muchos comentaristas celebraron la madurez política de la joven democracia que había sabido evolucionar sin brusquedad, pocos se apercibieron del paso atrás que suponía en realidad el triunfo demócrata.

Doctrinalmente, los demócratas apenas se diferenciaban de los republicanos, sólo en economía aquéllos abogaban explícitamente por una mayor libertad. En efecto, nada más ganadas las elecciones, fueron promulgadas toda una serie de medidas liberalizando la economía, anunciando el paso al sector privado de industrias dependientes del sector público y protegiendo las inversiones extranjeras con el fin de atraer capitales extranjeros. Se reorganizó también el sistema fiscal creando un impuesto sobre la renta de patrón europeo, pero se eximía del mismo el beneficio del trabajo en el campo, lo que dada la alta proporción de campesinos, suponía una clara maniobra de tipo político.

De conformidad con la propaganda electoral, los demócratas anunciaron también, sin precisiones, una amplia tolerancia en materia religiosa, lo que de hecho se transformó en una abierta campaña antikemalista al empezar la construcción de mezquitas, reanudar la radio del Estado comentarios religiosos y lecturas de versículos del Corán, fundándose numerosas asociaciones de carácter islámico, destruirse algunas estatuas de Ataturk, llegándose a pedir la abolición del Código Civil, la obligatoriedad del velo para las mujeres, del fez para los hombres y de los caracteres arábigos para la escritura. La reacción iniciaba así una vuelta al pasado que para muchos debía concluir con el regreso de los Sultanes. El Millet Partisi, partido de la nación, fue el grupo político más caracterizado por esta campaña, pero un gran sector de los demócratas la apoyaba también. El extremo de esa tendencia llegaría en 1958, cuando al regreso de Menderes de Londres, tras un accidente de aviación en que salvó la vida, sus partidarios lo recibieron en varias ciudades sacrificando en plena calle camellos y corderos en acción de gracias a Allah.

Tan fuerte llegó a ser la presión religiosa que el ala izquierda demócrata, asustada, se vió obligada a adoptar medidas de represión. En 1951 se aprobó una Ley protegiendo la memoria de Ataturk, se prohibieron los grupos más exaltados y se encarceló a algunos de sus dirigentes. En 1953 se suspendió el periódico «Millet», y en 1954 un tribunal ordenó la disolución de ese Partido. El Tribunal Supremo desestimó la sentencia de disolución, pero los dirigentes del Partido consideraron prudente reorganizarse bajo el nombre de

Partido Republicano de la Nación, por oposición al clásico Partido Republicano del Pueblo.

La lucha contra el extremismo religioso y la campaña que los republicanos del pueblo mantenían contra los demócratas, acusándoles de destructores de la obra de Atatürk, fueron conduciendo a éstos hacia una creciente rigidez política y de la suspensión del Partido Millet pasaron al intento de suprimir toda oposición, viniera de donde viniese. Inevitablemente, los demócratas se sentían cada vez más prisioneros de su propia propaganda, ya que, si intentaban aplicarla, la reacción les dominaba, y si la desconocían los republicanos los acusaban de métodos antidemocráticos y de oportunistas sin credo político.

Cada día era más evidente que los demócratas, salvo en muy contados problemas, deberían gobernar en republicano, lo que conducía fatalmente, ya que el entendimiento era imposible, a la supresión política de todos los oponentes y principalmente de los propios republicanos. El proceso es lento y no culminará hasta las elecciones de 1958, pero es previsible desde 1953 y se irá haciendo más claro conforme aumente la impopularidad del Gobierno Menderes.

Al aproximarse las elecciones de 1954, el Gobierno dicta una serie de disposiciones encaminadas a reducir las posibilidades de sus enemigos, entre las principales figuras la confiscación de determinadas propiedades del Partido republicano, y una ley creando penas severas para artículos de prensa que ofendan a personas con cargo oficial; lo impreciso de ese texto legal dejaba, de hecho, en manos de las autoridades un verdadero derecho de veto a todo escrito político. Las elecciones se celebraron el 2 de mayo de 1954 y los demócratas obtuvieron 503 puestos de un total de 541; los republicanos 31 y el Partido de la Nación, 5. Ese resultado no refleja, no obstante, el auténtico sentido popular, ya que el Partido de la Nación había recibido 480.000 votos y el republicano 3.193.471.

El gran triunfo aumenta, en vez de disminuir, la intolerancia del vencedor, que cada día soporta peor cualquier crítica. Pero al mismo tiempo crea en sus filas una excisión peligrosa que amenaza desde dentro la fuerza del partido. La escisión es conducida principalmente por un grupo de jóvenes descontentos que censuran al Gobierno sus procedimientos dictatoriales. Hay en esa actitud mucho de honesto, pero hay también ambición mal contenida y temor de que el Régimen Menderes se perpetúe en beneficio de un reducido grupo de amigos. En cierto modo, el proceso es parecido al que condujo a la creación del Partido demócrata, separándose un grupo de jóvenes del viejo

Partido republicano. En octubre de 1955, nueve diputados, incluidos dos ex ministros, se rebelan contra la autoridad de Menderes en el seno del Partido, siendo expulsados del mismo. Días después, diez diputados más se solidarizan con los anteriores. Al celebrarse, unas semanas más tarde, el Congreso anual del Partido, 60 delegados se separan de él. En diciembre, el conjunto de los revoltosos funda un nuevo Partido, el Hurriyet (Libertad), que consigue la obediencia de 29 diputados en el Parlamento. El conjunto es brillante y la actuación del grupo adquiere una notable calidad; se trata en esencia de una formación de predominante carácter intelectual, con personalidades individuales de gran relieve juvenil, que atrae principalmente en las universidades. Pero como todo grupo anti, falta en ellos cohesión de doctrina e incluso unidad de objetivos, formalmente se asemejarían, salvando las distancias, al joven equipo demócrata norteamericano, pero en el fondo son las tesis de Ataturk, puestas al día, las que priman. En cualquier caso, el nuevo Partido carece, por el momento, de atractivo para la gran masa.

En conjunto, la obra de los demócratas en sus años de gobierno puede afirmarse que fué políticamente mala y económicamente desordenada. Pero el país mejoró de modo radical su infraestructura económica, en gran parte debido a la ayuda americana, y consiguió la modernización de sus ciudades, especialmente Istanbul, a la que el Régimen no regateó ningún esfuerzo. El desorden económico condujo a la inflación y ésta al desequilibrio total de las finanzas y al aumento de la deuda exterior. Como consecuencia, el Gobierno se vió obligado de modo creciente a un mayor intervencionismo en el comercio exterior, hasta el extremo de casi paralizarlo. En 1957, la escasez de materias importadas era tal que ni las más elementales medicinas podían ser encontradas en el mercado.

Como siempre ocurre, la clase modesta, la mayoría del país, fué la que más padeció como consecuencia de la depredación de la moneda y del continuo aumento de los precios. El descontento cundió especialmente en las ciudades, pero incluso en el campo la situación tendió a alterar los beneficios legales que el Gobierno generosamente había otorgado. Al aproximarse las elecciones de 1958, el Gobierno se vió obligado a recurrir a todos los expedientes a su alcance para anular la creciente oposición. Encarceló dirigentes, suspendió periódicos, multó sin límites, redujo el derecho de reunión, impidió la celebración de manifestaciones y reuniones políticas y reformó la Ley electoral en su exclusivo beneficio. Para cualquier observador resultaba claro asegurar en 1957 que si las elecciones no producían una clara victoria republicana se avecinaba una grave tormenta política.

Internacionalmente, los demócratas inclinaron a Turquía decisivamente en el campo de los occidentales, la enfrentaron con todos sus vecinos y la insertaron de modo categórico en toda una serie de alianzas que contradecían la cauta política de abstención seguida por Ataturk. Los motivos fueron varios. De un lado, el origen político de los demócratas, como detractores de los republicanos, a los que acusaban de complacencia con los nazis, les hizo buscar el apoyo de las democracias vencedoras. De otro, los rusos, al replantear las ambiciones zaristas e inquietar a Turquía, la empujaron hacia el campo de sus enemigos, en busca de protección. Además, la crisis económica en que casi permanentemente vivieron los gobiernos Menderes obligaban a solicitar continuamente nuevos créditos que, sin duda, endeudaban políticamente al Gobierno con sus acreedores. Por último, la vanidad del nuevo Gobierno no dejó de ejercer una influencia decisiva. Frente a los triunfos de Ataturk en el terreno internacional, Menderes necesitaba otros y los buscó en una política de prestigio que hacía aparecer a Turquía continuamente en la gran escena de la política mundial. Así, el 18 de febrero de 1952, Turquía fué admitida en la N. A. T. O. Con el fin de probar su decidido afán de figurar entre las potencias occidentales, Turquía envió 5.000 hombres a luchar en Corea a las órdenes de las Naciones Unidas. En los Balcanes, queriendo renovar antiguas relaciones, el 28 de febrero de 1953 Turquía firmó un tratado de amistad con Grecia y Yugoslavia, transformándolo el 9 de agosto en Bled en una alianza militar.

La gran novedad de Menderes en el terreno internacional, y precisamente la que más preocupó al Ejército fué su política con el mundo musulmán. Ante el fracaso de la idea de un pacto defensivo del Medio Oriente, los americanos sugirieron la posibilidad de crear una serie de tratados que ligasen a los países orientales con fronteras comunes o próximas a la U. R. S. S. Se llegó así al Pacto Turquía-Pakistán, de 1954, y al de Turquía-Irak de 24 de febrero de 1955 (Pacto de Bagdad), completados por los de Estados Unidos con Iraq para asistencia militar de 24 de abril de 1954, y el de Estados Unidos y Pakistán de 19 de mayo de ese mismo año. Inglaterra, por su parte, el 5 de abril de 1955, se adhirió al llamado Pacto de Bagdad, completando de ese modo todo el sistema, que le servía para renovar de hecho su Tratado militar con Iraq de 1930, que de otro modo le hubiera sido imposible reactivar. Pakistán se unió explícitamente al grupo de Bagdad el 23 de septiembre e Irán lo hace el 3 de noviembre. Todo el conjunto queda ligado a la N. A. T. O. por medio de Turquía y a la S. E. A. T. O. por el intermedio del Pakistán.

TURQUÍA

Esta complicada red de alianzas y obligaciones militares, que llevaba consigo evidentes riesgos y abundantes gastos, convirtieron a Turquía en el principal baluarte de la defensa occidental en el Mediterráneo Oriental, sirviendo especialmente para vigilar las fronteras sur del mundo comunista, hecho éste que se reforzaba al crear la N. A. T. O. un mando especial con base en Esmirna y construir los americanos todo un sistema de bases aéreas en territorio turco y de montar cerca de la frontera oriental una cadena de estaciones de radar y otra de proyectiles dirigidos especialmente molestos para Rusia, ya que batían el mismo centro de sus principales instalaciones industriales.

Ahora bien, todo ese despliegue militar resultó inservible para Turquía en el caso de Chipre, por lo que el Ejército turco vió con censura lo que consideró un abandono de sus aliados, recordando que Chipre había sido, además, originariamente cedido por Turquía a Gran Bretaña a cambio de una garantía defensiva. El asunto de Chipre, en parte utilizado por Menderes para distraer la atención de problemas interiores, distanció a tres aliados: Grecia, Turquía y Gran Bretaña; exacerbó el problema de la pequeña minoría griega residente aún en Turquía y disgustó al Ejército, que se consideró engañado y expuesto, ya que según él un Chipre independiente supone un peligro estratégico justo en la espalda de Anatolia.

Todas las implicaciones del Pacto de Bagdad conducían a Turquía a verse envuelta en la complicada política árabe sin mayor beneficio para ella. De todos los árabes es Siria el país más inestable y de futuro más incierto y precisamente aquél que posee con Turquía una más larga frontera común y un viejo pleito territorial, Alejandreta. Ser aliada de Iraq, del Iraq de los hachemitas y de Nuri Said, supuso para Turquía la enemistad de Egipto y de Siria, la posibilidad de múltiples conflictos y el verse envuelta en problemas como el del Líbano, que en el fondo le eran ajenos. La frontera con Siria, minada y ocupada militarmente, fué siempre un semillero de problemas, conduciendo por lo menos en una ocasión a momentos de grave tensión, ya que el Gobierno decidió, con ocasión del desembarco americano en el Líbano, una intervención militar que sólo la decisión de un grupo de Generales pudo impedir.

Ataturk había pretendido devolver a Turquía su personalidad y conquistar para ella el respeto de los demás, pero pretendió vivir en paz y no mezclarse en problemas que no afectaban a su pueblo. El Ejército, educado en esa doctrina, no comprendió nunca el afán de los demócratas por intervenir en el juego de las grandes potencias y sabiendo que el principal ene-

migo sería siempre Rusia no justificó las aventuras en la frontera con los árabes, por significar ello la necesidad de dividir su dispositivo entre dos frentes, corriendo el riesgo de verse implicado en operaciones regionales que en realidad sólo interesaban a Gran Bretaña.

Además, de un modo impreciso pero evidente, el Ejército, que tenía una pobre estimación de las cualidades militares árabes y sentía aún en sus filas el dolor de la derrota de 1918, a la que los árabes contribuyeron, estaba, no obstante, mejor dispuesto a entenderse con un Nasser, en quien veían un remedo de Atatürk, que con un Nuri Said, antiguo oficial turco traidor, o con un hachemita, los Príncipes que siendo miembros del Parlamento imperial de Constantinopla se entendieron con Inglaterra para sublevar las provincias árabes del Imperio.

Por otra parte, todas esas alianzas y sobre todo lo americana, pusieron al Ejército turco en contacto con el mundo exterior. Miles de oficiales siguieron cursos en Estados Unidos e Inglaterra, estuvieron destinados en el Cuartel General de la N. A. T. O. o vivieron en contacto con sus compañeros americanos de las bases de Turquía. El resultado fué crear en los oficiales turcos un complejo de inferioridad, al comparar los niveles de vida de otros pueblos con el suyo, al verse obligados a esconder su propia vida privada frente a la de sus compañeros. La austeridad y alto grado de honestidad de las Fuerzas Armadas chocó también con la venalidad de la Administración civil, con los supuestos negocios de ciertos miembros del Gobierno y con la caricatura que de la democracia quiso hacer en sus últimos años el Régimen Menderes. De ese modo, no obstante la incredulidad de los políticos que aseguraban la falta de sentido político del Ejército, en 1958 se había formado un estado de opinión entre la joven oficialidad, que influida por el ejemplo de otros países próximos y sintiéndose heredera directa de Atatürk se encontraba profundamente distante del Gobierno, inquieta y resentida.

Sintiendo el Gobierno que la opinión crecía contra él y temiendo una profunda división de sus propios partidarios como consecuencia de la creación del Partido de la Libertad y de la separación de tan prestigiosas figuras como el profesor Koprulu, ex Ministro de Asuntos Exteriores, demócrata y fundador del Partido, decidió adelantar las elecciones. La campaña electoral fué de una notable crudeza y la descarada intervención del Gobierno en ella totalmente parcial. La consulta tuvo lugar en octubre de 1957 y en ella los demócratas consiguieron 312 puestos de total de 610, mientras que los republicanos no conseguían más que 130. Ahora bien, ese resultado era artificial y no reflejaba el verdadero sentir de la masa electoral, ya que los demó-

cratas sólo habían conseguido el 48 por 100 de los votos y las elecciones se habían celebrado bajo el signo de la coacción y de las más burdas habilidades administrativas. No obstante, era evidente que aproximadamente la mitad del país, sobre todo el campo, seguía apoyando a Menderes y que el nuevo triunfo sería explotado por éste para tratar de destruir definitivamente toda oposición organizada.

Los meses que siguieron a las elecciones vieron endurecerse la vida política hasta extremos difíciles de comprender hacía sólo pocos años. Los motines se sucedían en los más apartados lugares, la prensa de oposición era fríamente perseguida, los jefes del Partido republicano encarcelados, los jefes militares dudosos depuestos o trasladados, las provincias orientales cerradas al tráfico normal y sometidas a medidas drásticas como castigo a su voto republicano; y la misma capital, Ankara, devota a la memoria de su creador, menospreciada y olvidada en favor de Istanbul.

LA REBELIÓN DEL EJÉRCITO.

La crisis del Líbano, Iraq y Jordania del verano de 1958, en la que Feisal II y Nuri Said perdieron la vida y la guerra estuvo muy próxima a estallar, calmaron los ánimos en Turquía ante el peligro exterior y la movilización de la flota rusa del Mar Negro; pero la intervención del Ejército del Irañ en la revuelta, la decisión gubernamental turca de intervenir en el Líbano, sólo detenida en el último momento, y el deterioro de la situación en Jordania, cuyo Rey salvó el trono por la llegada de las Fuerzas aerotransportadas inglesas, decidieron a un grupo de oficiales turcos a adoptar una serie de medidas y consultas con sus compañeros que debían conducir al golpe de Estado.

La primera sociedad secreta de oficiales parece proceder de 1955, pero es en 1959 cuando, para unificar los criterios de varios grupos, se crea en secreto una Junta compuesta primero por quince miembros y luego por treinta y ocho, que tiene como comité directivo un grupo de siete, entre Coroneles y Comandantes. Esta Junta comprende pronto que un movimiento puramente militar es difícil, por lo que se decide a contar con las clases civiles que más le interesan ideológicamente, estableciendo primero contactos con la Universidad, profundamente opuesta a Menderes, y más tarde con las incipientes organizaciones sindicales, ya que los obreros industriales empiezan a dar señales de adquirir conciencia de su fuerza política, estando profundamente descontentos de la situación, que hace pesar sobre ellos gran

parte de los sacrificios que impone la difícil crisis económica que atraviesa el país.

Nace así una alianza confusa entre los intelectuales que aspiran a mayor libertad política; los sindicalista, que quieren mejorar el nivel de la clase obrera urbana; y los jóvenes militares, que descontentos frente al marasmo político-económico, quieren alterar el régimen para volver a la revolución inacabada de Ataturk, aplicando medios y métodos modernos. En el tondo, los autores de la nueva revolución desconfían de los partidos políticos y simbolizan la vuelta a 1938, cuando por la muerte de Kemal se interrumpió el proceso revolucionario, siendo sustituido primero por el conformismo de Inonu y seguido por la reacción campesina y de pequeña burguesía, representada por el Gobierno de Menderes. La novedad esencial va a constituir la aparición como fuerza política de los Sindicatos. Un exaltado idealismo falta de entrenamiento político y la falsa creencia de que el país, como un todo, les seguirá en sus reformas, son características comunes a los tres grupos. Carecen, también, los tres de nombres prestigiosos que puedan encabezar un movimiento.

Unas manifestaciones de estudiantes y cadetes el 28 de abril de 1960, en Ankara, con carácter claramente antigubernamental, son seguidas de otras en Istanbul, que la policía reprime duramente. Esa es la chispa que pone en movimiento la voluntad del Ejército, y el 27 de mayo de 1960, con perfecta organización y total sincronización, sin casi disparar un tiro y con sólo un único muerto, el Ejército de apodera del Poder, detiene a los políticos del Régimen y proclama el estado de excepción. Todo el país queda bajo la autoridad de una Junta de 38 Generales, Jefes y Oficiales, denominada Comité de Unión Nacional, que preside el General Gursel y que asume el poder legislativo y el ejecutivo.

El Comité de Unión Nacional proclama desde el principio que su objetivo es la vuelta a la normalidad constitucional y que una vez reorganizada la vida política del país, aprobada una nueva Constitución y elegido un Gobierno, el Ejército volverá a sus cuarteles. Ahora bien, antes, el C. U. N. entiende su deber hacer justicia y castigar a los políticos que bajo el Régimen Menderes han abusado del Poder, violado la Constitución y paralizado la vida económica de la Nación. Todos los directivos del Partido demócrata, los Ministros, el Presidente de la República y la mayoría de los diputados de Menderes son detenidos, el Partido disuelto y sus periódicos suprimidos.

La reacción en el exterior es primero de asombro, por la rapidez del golpe y por la intervención del Ejército, y después benévola, ya que se consi-

dera que realmente la revuelta supone un regreso a los principios democráticos, de los que Menderes se había apartado hacía tiempo. Como siempre, la gran prensa juzga sobre valores entendidos, olvidando los reales intereses de los pueblos y sus auténticos problemas; pocos se aperciben de que la sublevación significa un auténtico esfuerzo por resolver problemas que hasta entonces habían sido soslayados. La paradoja consiste en presentar ahora a Inonu, el hombre que en 1945 encarnaba la Dictadura, como el posible salvador de la Democracia que el demócrata Menderes ha puesto en peligro.

De los 38 Generales y Oficiales que integran el C. U. N., la mitad aproximadamente encarna las inquietudes revolucionarias de la nueva hora; la otra mitad es opuesta a Menderes por razones de estrategia militar o por cuestiones puramente personales. El Presidente es un viejo General, oficial de la guerra por la independencia y Capitán a las órdenes de Atatürk, que participó en la gran victoria del Sakaria y que era Comandante en Jefe del Ejército hasta días antes de la sublevación, en los que fué depuesto por el Gobierno. Goza de cierto prestigio en el Ejército, encarna los viejos principios de la primera República, pero los años le han hecho conservador y prudente.

Desde los primeros momentos en el seno del Comité se produce una clara división de tendencias, los que encarnan el espíritu de Atatürk pero no quieren actualizarlo ni seguir adelante dirigidos por Gursel, y los jóvenes revolucionarios que han preparado el movimiento y pretenden ser consecuentes con sus ideas, dirigidos por el Coronel Turkech. La lucha de ideas e influencias entre los dos grupos se extiende a casi todos los terrenos, al proyecto de Constitución, al ámbito de actuación de los partidos políticos, a las reformas sociales, a la vuelta del poder civil y al proceso que debe seguirse contra los responsables del antiguo Régimen. Gursel y sus partidarios tienen su cabeza política en Inonu. Turkech y los suyos carecen de hombre político y le partido propio, aunque cuentan con amplios sectores universitarios y sindicales. Gulek, el Secretario General del Partido Republicano, podría estar más cerca de éstos que de los primeros y desde luego parece el único consciente en esos primeros tiempos del grave problema económico que hereda el Comité.

La primera victoria del grupo Tsurkech es la proclamación de la libertad sindical, que había sido suprimida por Menderes en 1956, pero a cualquier otro avance se oponen rápidamente los políticos que rodean a los militares más antiguos. La Constitución va a ser elaborada por una Asamblea Constituyente designada por el C. U. N. y en ella los jóvenes oficiales sufren su

primera gran desilusión. Frases tales como «la justicia social es uno de los fundamentos del Estado» se convierten en batallas políticas de gran alcance; la nacionalización de ciertas industrias levanta oposiciones en casi todos los sectores y el reconocimiento del derecho de huelga se transforma en pieza de escándalo que divide gravemente al Comité. Sin embargo, el C. U. N. consigue ponerse de acuerdo en algunos asuntos y así, el 6 de agosto, por Decreto, retira a 5.000 Coroneles y Comandantes y poco después expulsa de la Universidad a 147 Profesores, todo lo cual aumenta la confusión y el número de los resentidos.

La situación se hace cada vez más difícil y el 13 de noviembre de 1960 el General Gursel, por medio de un auténtico golpe de Estado interior, obtiene a catorce de sus colegas en el Comité, entre ellos, claro es, a Turkech, y los envía en plazo de días a diversas Embajadas, alejadas entre sí, como Agregados militares. E. C. U. N., reducido así a veinticuatro miembros, recupera por el momento su unidad.

LA II REPÚBLICA.

El 6 de enero se crea la Asamblea Constituyente; el 12 se autoriza la reanudación de actividades de los Partidos; el 27 de marzo de 1961 es aprobada la Constitución y el 9 de julio un referendun nacional la confirma por una mayoría del 63 por 100 a su favor. El que en tan breve espacio de tiempo el 37 por 100 de los votantes se muestre opuesto a la labor del C. U. N., lo que implica una repulsa a la revolución del 27 de mayo, resulta sintomático y prefigura el posible fracaso de unas próximas elecciones para la recién creada Gran Asamblea Nacional.

Desde la primavera de 1961, los Partidos políticos, reorganizados, o creados de nueva planta, empiezan a preparar esas elecciones, que se anuncian como próximas y, en todo caso, hacen ya campañas en favor o en contra del referendun que debería aprobar la Constitución. Los Partidos se reducen en el fondo a tres corrientes de opinión, que ya existían en los diez últimos años. Una está representada por el Partido Republicano del Pueblo, que fundó Ataturk y que hoy preside Inonu. Otra, corresponde a la ideología del disuelto Partido demócrata de Menderes, hoy heredado por dos agrupaciones distintas, el Adalet Partisi o Partido de la Justicia, presidido por el ex General Gumuspala, uno de los cinco mil retirados; y el Partido de la Nueva Turquía. Ambos son antiestatistas, defienden la industria privada frente a la estatal, critican la planificación económica, favorecen la Religión

y se apoyan en el voto campesino a cambio de favorecer a los grandes propietarios de tierras. La última corriente de opinión está caracterizada por el Partido Republicano Nacional Campesino, resultado de la fusión de los Partidos Republicano Nacional y del Campesino, siendo a su vez el Republicano Nacional una nueva denominación del Partido Nacional, disuelto como resultado, según vimos, de una sentencia judicial de 27 de enero de 1954. Esta última tendencia es la más reaccionaria y viene a representar la unión de la extrema derecha demócrata con los intereses religiosos y con aquéllos que, más o menos explícitamente, abogan aún por una vuelta a los tiempos del Sultanato.

Frente a estas agrupaciones políticas, pero con los grandes principios del Partido Republicano, concentrados en su republicanismo, nacionalismo, bienestar social e igualdad, estatismo, laicismo y reformismo, están los jóvenes oficiales que aspiran a ocupar el poder. Su doctrina es poco precisa y carece de un dogma definido, pero parece aproximarse a lo que entre los árabes ha dado en llamarse socialismo militar, siendo en la práctica un socialismo nacionalista, que en el caso turco carece de ambiciones territoriales, aunque vagamente fomenta un panturanismo que tiende a la reunión de todos los pueblos de lengua turca. En política exterior, sin proclamarse neutralistas, ya que necesitan determinadas garantías militares frente al permanente y próximo peligro ruso, no obstante se inclinan por una mayor libertad de maniobra que les permita desentenderse del complejo sistema de alianzas que sitúan a Turquía en posición avanzada dentro de los problemas del Medio Oriente, exponiendo su frontera sur con Siria e Irak a posibles complicaciones, en las que el interés turco es sólo muy relativo. Su ideal consistiría en licenciar al Parlamento, disolver los Partidos políticos y gobernar desde la sombra por medio de un Gabinete de técnicos de predominio civil.

Al mismo tiempo que avanzan los preparativos constitucionales y se discute sobre la nueva organización del Estado, está celebrándose en la Isla de Yassiada el juicio contra los dirigentes depuestos por la revolución de mayo. El juicio es correcto en su forma y la defensa tiene posibilidades para actuar en favor de sus clientes, pero las acusaciones son muchas veces ridículas y ponen de manifiesto la evidente intención no ya de juzgar, sino de ridiculizar a los principales personajes, con el fin de desacreditarlos políticamente. En torno a ese juicio gira en el fondo gran parte de la actividad política, ya que mientras los antiguos demócratas aspiran evidentemente a obtener su absolución, lo que significaría la condena de la revolución, los jóvenes oficiales quieren hacer pagar con la vida de los principales dirigentes

las faltas del Régimen derrocado, demostrando así cuán necesaria era la revolución para salvar al país de la tiranía a que estaba sometido. Gursel, Ononu y los viejos políticos republicanos se inclinan por la moderación, intentando salvar las vidas amenazadas. No pocos países amigos de Turquía procuran también influir para conseguir predomine la benevolencia. El 15 de septiembre de 1961, el Tribunal dicta su sentencia: quince penas de muerte, treinta y una de cadena perpetua, 418 a diversos plazos de prisión y 123 absoluciones. Las penas son correctas desde un punto de vista puramente procesal y el Tribunal las dicta suponiendo, además, que el C. U. N. no confirmará las penas capitales. La lucha se entabla, pues, sobre esa confirmación, y tras prolongadas discusiones y la amenaza material de un importante grupo de oficiales no miembros del Comité, el 16 de septiembre son cogados Zorlu, Ministro de Asuntos Exteriores, odiado por su venalidad, y Polatkan, hombre duro del Régimen depuesto. Menderes, cuya pena capital es también confirmada, intenta suicidarse y no consiguiéndolo es llevado al patíbulo al día siguiente, 17 de septiembre.

Cara a unas próximas elecciones, la ejecución de esa sentencia podría considerarse una gran torpeza, salvo en el caso de que los militares hubieran dado por descontada su derrota y quisieran así acelerar su justicia antes de perder fuerza moral para ejecutarla. Las elecciones tienen lugar el 15 de octubre y su resultado refuerza la tendencia marcada por el referendun, probando que las tres sentencias de muerte eran repudiadas por un ampusimo sector de electores. De 450 Representantes y 150 Senadores, el Partido Republicano slllo consiguió 173 Representantes y 36 Senadores, mientras que los Partidos de la Justicia y de la Nueva Turquía, herederos del demócrata, que habían basado su campaña electoral contra la sentencia, conseguían en conjunto 223 Representantes y 98 Senadores (159 y 65 Representantes y 70 y 28 Senadores, respectivamente). El Partido Nacional Campesino, reaccionario y opuesto al Republicano, conseguiría 54 Representantes y 16 Senadores. Derrota mayor en tales circunstancias es difícil de concebir.

El 25 de octubre es disuelto el C. U. N. y el 26 la Gran Asamblea Nacional, reunión de los Representantes y de los Senadores, elige al General Gursel como Presidente de la República por 434 votos contra 173. Durante días es imposible constituir un Gobierno, ya que el Ejército sólo acepta a Inonu como Primer Ministro y la coalición de los Partidos de la Justicia y de la Nueva Turquía no lo admite más que si acepta sus condiciones y dimite la presidencia del Partido Republicano. Cansado el Ejército, tras casi un mes de consultas políticas, teniendo un Gobierno presidido por Gumuspala, im-

pone por la fuerza la presidencia de Inonu, que constituye su Gabinete el 20 de noviembre, designando un Gobierno compuesto por 22 miembros, de los que la mitad son republicanos.

El Gobierno, dividido como está en su seno, y sin una mayoría homogénea en el Parlamento, se ve paralizado desde su creación y pierde su tiempo en discusiones de tipo político que no pueden transformarse en medidas legislativas o en decisiones de tipo administrativo. El problema de la amnistía de los sentenciados en la Isla lo cubre todo e impide a los políticos ocuparse de los graves problemas que tiene planteados el país. La inactividad gubernamental y la incesante lucha entre los partidos, que no se preocupan más que de mejorar sus respectivas posiciones, crea un clima de inseguridad y de cansancio en la población, que empieza a reflejarse en la prensa de todos los matices. Los militares deán prueba también de su desencanto y claramente abogan por una nueva dictadura que ponga fin a tanta indecisión y se enfrente resueltamente con una situación económica que es cada día más alarmante. No obstante, temerosos de enfrentarse, una vez más, directamente con los políticos, los jóvenes oficiales recurren ahora a sus aliados sindicales y a finales de diciembre de 1961 desencadenan una serie de manifestaciones obreras en varias ciudades de Anatolia y una gran demostración de cien mil trabajadores en Istanbul, dirigida por 140 Sindicatos. La notable organización, lo considerable del número y las pancartas exhibidas producen una fuerte impresión. Los obreros piden acción y resolución, justicia social y mejora de sus condiciones de vida, reconocimiento del derecho de huelga y una mayor representación e intervención en la conducción de las empresas. Una pancarta llena de estupor a los políticos alejados de la realidad, dice: «No queremos favores, queremos nuestro derecho.» Dos días después se declara la primera huelga, los taxistas de Ankara, y al día siguiente los imitan los cargadores y estibadores del puerto de Istanbul, paralizando toda su actividad. El periódico «Milliyet», uno de los mejores de Turquía, declara que, en adelante, defenderá una política de tipo socialista; el 20 de diciembre aparece un nuevo semanario, «Yon» (Dirección), en el que se publica un manifiesto firmado por numerosos escritores y profesores pidiendo una economía planificada y la nacionalización de las industrias.

El 9 de enero de 1962 son los estudiantes los que se manifiestan, con motivo de un incendio que ha destruido la techumbre del Museo de Atatürk en Istanbul. La manifestación recorre las calles cantando himnos y lanzando imprecaciones y amenazas contra los reaccionarios y los comunistas; se escuchan también gritos contra toda medida de amnistía. En todos los casos,

es importante señalarlo, el Ejército no ha hecho nada por impedir las manifestaciones y en ellas se observa siempre la presencia de algunos oficiales.

El Gobierno, que sigue paralizado, encuentra, no obstante, unidad de criterio suficiente para trasladar a algunos Jefes militares y destituir otros. Nada puede pues, extrañar que el 22 de febrero un grupo de oficiales, apoyándose en la Academia General Militar de Ankara, intente un nuevo golpe de Estado. La improvisación, la falta de organización y el hecho de que las Fuerzas Aéreas no se sumen al movimiento hacen fracasar éste en pocas horas. Pero la débil represión y la actitud cautelosa del Gobierno y los políticos demuestran a continuación que el Ejército es temido y que el triunfo civil del 22 de febrero puede no repetirse la próxima vez. Los sublevados habían pedido la disolución del Parlamento, la depuración de los partidarios de Menderes que figuran en el Gobierno y en los partidos políticos y la disolución del Palacio de Justicia.

Inonu, el 8 de marzo, decía al país que el Ejército había cumplido su palabra devolviendo el Poder a las instituciones civiles, lo que justificaba su ira al verse insultado y amenazado con venganzas; censuró, sin embargo, por irresponsables, a los autores del intento de febrero, pero declaró explícitamente comprender que habían actuado presionados por una extrema coacción. Tal declaración en boca de un Jefe de Gobierno equivalía a una justificación y el Gobierno no tuvo más remedio que extraer las oportunas conclusiones. El Senado aprobó una Ley condenando hasta cinco años de prisión a quien declarase que un Partido era heredero del demócrata o a quien impugnase la legalidad de la revolución de mayo y de los procesos de Yasiada o defendiese a alguno de los sentenciados.

A finales de marzo, la prensa y el rumor público vuelven a señalar traslados y destituciones de oficiales y tras varias negativas del Ministro de Defensa, se admite que unos sesenta han sido enviados a sus casas, aunque se afirma que ello no es más que una consecuencia de los expedientes abiertos con ocasión de la sublevación de febrero. Sea como fuere, el 2 de abril visita Ankara por unas horas el General Norstad, Jefe Supremo de la N. A. T. O., y ello se relaciona con aquellas destituciones y con la inquietud creciente que reina en la Organización respecto al desmantelamiento que están sufriendo los cuadros más eficaces y preparados del Ejército turco.

La situación económica, de la que nadie se ocupa, se deteriora día a día y el expediente de pedir el ingreso de Turquía en el Mercado Común Europeo no pasa de ser una pantalla de humo tras la que se esconde la más absoluta falta de planificación y de voluntad de actuar. Rusia, aprovechando la situa-

ción, ha vuelto a su política de halago y ofrece al Gobierno un crédito de quinientos millones de dólares, abonados en cuarenta años con un interés del dos por ciento, cifra que parece considerable si se compara con los cuarenta y cinco millones ofrecidos por la O. C. D. E., pero que resulta ridícula comparándola con los 3.728 millones de dólares que Turquía ha recibido desde 1947 en concepto de ayuda económica y de ayuda militar.

En los dos últimos meses, no obstante, el Gobierno ha continuado sin adoptar la menor medida y sin enfrentarse con un solo problema real, paralizado por la cuestión de la amnistía, que parece monopolizar toda la actividad de que son capaces los políticos. Ciertas voces moderadas han querido prescindir de los extremos y encontrar una vía media que permita funcionar al sistema, pero el afán de venganza de los demócratas, la incomprensión de los campesinos y el radicalismo de los oficiales impiden a la nueva democracia trabajar por el bien de Turquía.

El primero de junio, Inonu, cogido entre todas las intransigencias y cansado de luchar contra la incomprensión del Partido de la Justicia, presenta su dimisión al Presidente Gursel. Lo lógico sería haber llamado al General Gumuspala para que formase nuevo Gobierno, ya que cuenta con la minoría más numerosa del Parlamento y es el causante de la crisis, pero su investidura sería rechazada por inadmisibles por el Ejército, no quedando, pues, como única solución posible más que volver a encargar a Inonu la formación de un nuevo Gobierno a base de la combinación que pueda conseguir.

EL FUTURO.

Ahora bien, ¿es Inonu una solución para el futuro? Evidentemente, no. Mentalmente se encuentra alejado de los problemas y tendencias actuales; militarmente desconoce a sus jóvenes compañeros, que si bien tienen en común el recuerdo de Atatürk, no obstante difieren prácticamente en casi todas las soluciones posibles de los problemas actuales. El viejo General siente profunda desconfianza por los nuevos jefes sindicales y no ve con placer el crecimiento del movimiento obrero; pero, sobre todas las razones, Inonu es un hombre de 78 años de edad que no puede, razonablemente, aspirar a una muy larga vida activa.

Desaparecido de la escena política turca el vencedor de la Batalla de Inonu, lo probable es que su Partido se escinda en la lucha de personalidades que se siente bullir y que frente a los demócratas, vengativos y atrincherados en el elemento campesino, no quede más que el Ejército de los jóvenes oficiales.

Los cantos democráticos de 1950 no han durado largamente y las esperanzas puestas en el juego de las Instituciones están hoy muertas. Ataturk no tuvo tiempo de acabar su revolución y los problemas sociales e institucionales que él dejó sin resolver, veinticuatro años después se plantean con aristas agudizadas por el tiempo.

Turquía, con una población de unos 28 millones de habitantes, que aumenta a un ritmo del 3 por 100 anual, tiene un progreso de su productividad nacional de 1,4 por 100 anual; sus ingresos medios por individuo son de unas 10.000 pesetas anuales; el 35 por 100 de su producto nacional es controlado por el solo 2,5 por 100 de su población y el 80 por 100 de sus tierras cultivables son poseídas por el 22 por 100 de la población total, al par que el 40 por 100 de la misma es analfabeta.

Frente a una situación semejante, que empeora si se tiene presente que el país sufre una deuda exterior cuyos intereses y amortización se aproximan al tercio de los ingresos de su balanza comercial, parecen verosímiles los temores del Gobierno cuando habla del creciente comunismo interior; no obstante, el Partido comunista, declarado fuera de la Ley, no parece contar con más de tres mil miembros y la tradicional enemistad de Rusia puede, tal vez, servir de vacuna contra una mayor penetración.

Doce años de ensayo democrático no parecen haber resuelto el problema institucional y hoy Turquía se encuentra otra vez en un cruce de caminos que conducen en direcciones desconocidas. La revolución político-religiosa que realizó la primera República es ahora insuficiente si otra de tipo económico no viene a complementarla. Las viejas estructuras campesinas precisan una profunda alteración que modernice sus métodos productivos y haga asequible la propiedad a más amplios sectores de población. La organización industrial necesita una reforma tecnológica que la capacite para producir a precios competitivos. Los niveles de vida populares exigen una eficaz elevación que reduzca la distancia actual entre el proletariado turco y el occidental. El mundo del trabajo precisa una más adecuada organización que dé acceso a una mejor representación política de los intereses obreros. El problema religioso espera desde hace lustros un nuevo enfoque que despolitice la práctica individual de la religión, permitiendo que el Estado no se sienta amenazado por la presión del mundo religioso, que quisiera alterar las líneas principales de la estructura creada por Ataturk; y el Ejército, cumplidos sus objetivos de restaurar la autoridad creadora del Estado, librándola de las querellas partidistas, deberá pensar en regresar, como institución, a sus cuar-

TURQUÍA

teles, con independencia de que alguno de sus hombres pueda ejercer cualquier magistratura civil.

Este proceso no puede probablemente ser rápido y puede verse interrumpido por múltiples causas, pero está en el interés del mundo occidental el favorecerlo sin presionarlo, el aconsejarlo sin precipitarlo, el tolerar sus soluciones autóctonas sin pretender imponer moldes preestablecidos que pueden no responder a la personalidad del pueblo turco o a los datos reales del grave problema que la segunda República tiene frente a su futuro.

GREGORIO CASAS.